



Arriba: Estatua ecuestre de Simón Bolívar, en el corazón de Caracas.—Abajo: La cantante española María de los Angeles Morales, a su llegada al aeropuerto de Caracas. María de los Angeles dió varios conciertos en diversos puntos del Caribe, a beneficio de la Cruz Roja Internacional.

Arriba: Vista general del gran aeropuerto internacional de La Guayana (Venezuela).—Abajo: María de los Angeles Morales, a su llegada a Caracas, es saludada por personalidades artísticas y culturales.

Arriba: El aspecto urbano de la acogedora capital de Venezuela queda reflejado en parte por esta «foto», en la que se ve una de las fachadas de la Catedral de Caracas. Abajo: Flores y aplausos esperan a la cantante española María de los Angeles a su llegada a Venezuela.



ARACAS.—Entre los jirones de las nubes y los firmamentos aéreos, las hélices del avión desgarran horizontes y abren en su ruta continuas y nuevas geografías. María de los Angeles Morales, aquí en estas alturas sin mácula, se acerca más aún a esas regiones angélicas a las que acostumbra a subir por una sutil escala de corcheas y semifusas. Fresca en sus dieciocho juveniles años, lozana de triunfos y venturosa de perspectivas, vuela hacia el gran mundo hispanoamericano para renovar ante sus públicos los éxitos que alcanzaron amplias dimensiones internacionales, desde el concurso mundial de canto de Holanda, que la descubrió para todos los aplausos cosmopolitas.

La cantante española, genuina representante del arte peninsular, viaja invitada por la Compañía Real Holandesa de Aviación, que ha querido celebrar así, con esta nota delicada y simpática, la inauguración de su nueva línea sobre las antiguas rutas de los descubridores.

Nueva línea, nueva ruta de hoy, moderna, impresionante, que mueve a multitud de consideraciones y ensayos...

Veamos. Después de tres años de residencia en España he vuelto a Venezuela, y aún me parece mentira que haya sido posible realizar dos viajes tan distintos: el de ida y el de vuelta.

En aquel entonces, octubre de 1945, partía yo a la descubierta de España, que también a los americanos de estirpe española, nos gusta el juego de descubrir. Muchos libros en la maleta, montones de cuartillas, unas ideas propias

que luchaban contra las generalizadas sobre la situación de España... y muchos deseos de ver, de sentir, de tocar la tierra origen del mundo hispánico. El único enlace conveniente en aquel tiempo para ir a España era el veterano «Cabo de Hornos», un trasatlántico de 22.000 toneladas que paseaba la bandera española por el mar Caribe.

Desde el punto de embarque en Puerto Cabello, hasta la Península—y no digo Madrid, porque eso fué mucho más—tardamos veintidós largos e interminables días. Así fué el viaje de ida.

El de vuelta, ahora, ha sido el siguiente: ayer salí de Madrid a las 15,30, y hoy a las 11,30 de la mañana, limpio y descansado, he llegado a Caracas.

Este viaje maravilloso ha sido posible gracias al incomparable invento del avión y a la nueva línea que ya une en forma directa Caracas con Madrid y Madrid con Caracas. La K. L. M., esa pionera holandesa de los cielos, que tan conocida nos es en el Caribe, inauguraba con este vuelo una moderna ruta que se recorta en el mapamundi con silueta de Adelantada. Amsterdam, Madrid, Lisboa, Dakar, Panamaribo y Caracas, para terminar su periplo en Curaçao.

El avión que nos llevó es una de las últimas palabras, más afirmativas y veraces, de la ciencia actual. Pertenece a la familia de los Douglas, un DC-6, con cabina para cuarenta pasajeros trasatlánticos. Nos llevaba a través de vientos y alisios con una velocidad de crucero de 450 kilómetros por hora, en una cabina acondicionada especialmente para volar a grandes alturas. Aquello no parecía un avión, sino una fantástica alfombra mágica. ¡Qué hubiera dicho Colón, de habernos visto surcar por los cielos la ruta que tantas fatigas le costara a él trazar!

La primera escala fué Lisboa, la de los fados y las espumas del Tajo. Un despliegue de personal afecto a la Compañía se movió sincronizado al acto del aterrizaje. Por todas partes, en las gorras de plato, en los «monos» de los mecánicos, las tres letras que ya me eran familiares y que en su secuencia parecen simbolizar el alfabeto aéreo K. L. M. Luego, un pequeño descanso, durante el cual pudimos saborear una taza de café portugués, que es el que más se parece al nuestro en Europa. Y a bordo de nuevo.

Bajo nuestras alas, Dakar ya. Creo que todo está dicho de esta entrada del desierto en libros, crónicas y reportajes viajeros. Calor, mucho calor, y contra lo que tanto se ha hablado, ni una sola mosca. Tal vez habría pasado antes por allí una escuadra de limpieza cargada de DDT.

Y el salto sobre el océano. La ruta que yo había desgranado en más de dos semanas, la realicé a la inversa en una docena de horas mal contadas. ¡Y qué distinto es el mar visto desde arriba! Hay una sensación de paz y tranquilidad inefables, difícil de apreciar por quien no la haya vivido.

El capitán holandés, de una edad indefinida, que orilla desde los treinta a los cuarenta años, explicaba a una pasajera la posición de las estrellas y la ruta del avión. Ella, todavía novicia en travesías aéreas, pensaba que su tarea de conducir el aparato le habría fatigado y le instaba a tomar un traguito de cañas. El piloto, cortésmente, se negaba impelido por los rígidos reglamentos de la Compañía.

Por fin, la costa americana, apenas entrevista entre la bruma. Un aterrizaje rápido y feliz, y... Panamaribo. La Guayana holandesa es como las otras:

ardiente y perezosa. Por eso me maravilla la actividad que despliegan estos mecánicos y empleados de todas clases que hablan la lengua de Holanda. Una taza de café para desentumecernos mientras el avión es revisado y se reposta de esencia, y antes de hora y media, ya estamos de nuevo entre las nubes, camino de mi casa.

Selva, mar, montes, algún río, pocos poblados—¡Dios mío; qué vacía está América comparada con Europa!—, hasta que se presenta a la vista el aeropuerto de Maiquetía. ¡Ya estamos en Caracas!

El ministro de Venezuela en Holanda don Manuel Dagnino, resuelve a su llegada algunas dificultades que surgieron en el visado de María de los Angeles. Un sello y las puertas del Nuevo Mundo quedan abiertas para la joven cantante española. Los públicos americanos están de enhorabuena. María de los Angeles cantará para ellos y ofrecerá su concurso en varios conciertos a beneficio de la Cruz Roja, que se realizarán en Caracas, La Habana, Curaçao y...

En el aeródromo, periodistas que acuden para presenciar y testimoniar la llegada del primer avión que viene de España, españoles que reciben a parientes suyos y un grupo de amigos que vienen a esperarme.

Hago un simbólico y agradecido saludo de despedida a este «holandés volante», que tan buen recuerdo me ha dejado, y contemplo cómo se pierde entre brillos de automóviles y siluetas de equipajes la gentil silueta de María de los Angeles Morales, nueva embajadora del arte musical hispano en estas tierras ultramarinas.

Fernando RUIZ DE SALTA